aquellos de los suyos que querían hacerla, y por una bondad y una dulzura incomparables, curó la oreja de un criado del Sumo Saderdote, á quien San Pedro se la había cortado para defenderlo.

En fin, él llama en los Cánticos, según la interpretación de San Ambrosio y de muchos otros, (1) al día de su pasión, el día de sus bodas y de su alegría, para mostrar que este día le era tan agradable como lo es á los hombres el de sus nupcias, ó aquel en que les sucede alguna gran felicidad. Estando sobre la cruz, no quiso aligerar ó abreviar sus dolores; no bebió sino vino mezclado con hiel y vinagre, que acostumbraban dar á los pacientes, para hacerles perder, en cierto modo, la sensación de sus males, y anticipar su muerte; él lo probó, lo que bastó para sentir la amargura, mas no el que lo hubiera aletargado y entorpecido el sentir los dolores. Muy al contrario de abreviar sus dolores, deseaba prolongarlos y sufrirlos mil veces más: por esto dijo: *Tengo sed.* (2) Y ¿qué puede, Señor, excitar en vos esa sed? ¿Hay acaso apariencia de que siendo vos quien sois, y queriendo darnos ejemplo de una paciencia perfecta, al punto de morir pensárais en refrescar vuestro cuerpo con algún licor? ¡Ah! vuestra alma santa está sedienta más bien del deseo de sufrir nuevos tormentos por nuestra felicidad. "Esta sed, dice San Lorenzo Justiniano, venía del ardor de su ternura, de la fuerza de su amor, de la abundancia de su caridad; tenía sed de nosotros, de darse á nosotros y de sufrir por nosotros. (3)

1 Cant. III. 11. apud. Ghislerium, ibi.
2 Sitio. Joan., XIX, 28.
3 Sitis haec de ardore dilectionis, de amoris fonte, de latitudine nascitur caritatis. Sitiebat nos, et dare se nobis desiderabat. S. Laur. Just. lib. de Agone, cap. XIX.

SECCION TERCERA.

Cuánto deben estos sufrimientos llevarnos á amar á Jesucristo.

I. Fuerza de este motivo.—II. Nada podemos desear de mas.—III. Cuánto se han conmovido los santos por él.—IV Revoluciones.

I. La excelencia de la persona divina, nuestra profunda miseria, el rigor y la multitud de los tormentos, el amor inmenso con el cual Jesu-Cristo los ha sufrido, todo nos obliga poderosamente, ó por decir mejor, nos estrecha á amarlo con todo nuestro corazón. San Bernardo hace un bellísimo discurso sobre esta materia. La consideración seria, dice él, del misterio de la encarnación del Hijo de Dios, de todo cuanto ha hecho durante su vida, y particularmente de lo que ha sufrido después de su muerte, es un motivo infinitamente poderoso para encender en todos los corazones el amor más ardiente por este divino Salvador; "porque Dios viendo que el amor de los hombres dependía mucho de la carne y de los sentidos, les ha mostrado una dulzura tan grande, y los ha colmado de tantas caricias en la carne que él tomó por ellos, que se necesitaría tener un corazón

más duro que la roca para no dárselo todo entero. (1) Queriendo rescatar al hombre que había perdido, y volver á sac r á esta noble criatura de las manos del demonio, que se la había arrebatado, dijo: "Si lo obligo á venir á mí contra su gusto, no seré entónces un hombre lo que yo habré adquirido, sino un sér desprovisto de razón, porque no vendrá de buena voluntad y no podrá decir con todo su gusto: Yo os ofrezco voluntariamente el homenage de mi corazón. (2) Para inclinarlo á hacer esta ofrenda de su propio movimiento, lo atemorizaré y le llenaré el alma de terror. Entónces lo amenaza con males que el espíritu humano no puede ni aun concebir, tinieblas eternas, gusanos roedores que jamás mueren, un fuego devorador que debe ser eterno." (3) No rindiéndose el hombre á las amenazas, Dios quiere atraerlo por promesas, y, sabiendo que no solamente es tímido, sino que también está lleno de ambición, que desea naturalmente el oro, la plata, los honores, y sobre todo la vida, le ha prometido tesoros infinitos, riquezas, honores soberanos, una vida eternamente feliz, lo que el ojo no ha visto jamás, la oreja jamás ha oido, lo que el espíritu humano jamás ha podido comprender, creyendo que, puesto que él amaba tanto una vida tan cor-

1 Tantam eis dulcedinem exibuit in carne, ut durisimi cordis sit, quisquis eum toto affectu non diligat. S. Bern., Serm., de dilig. Deo.

2 Si invitum coegero, asinum habeo, nom hominem, quoniam quidem non libens veniet, nec espontaneus ut possit dicere: Voluntarie sacrificabo tibi. Ibid. Ps. LIII, 8.

3 Tecrebo eum si fortè convertatur et vivat: et comminatus est acerbiora quae excogitari possunt, tenebras æternas, vermes inmortales, ignem inextinguibilem. Ibid.

ta, y tan trabajosa, amaría mil veces más la que no debe jamás acabar, que está libre de todos los males, y llena de toda suerte de bienes. (1) Pero, viendo que todo esto era inútil, dijo: "Me queda aún un medio: no solamente el hombre se deja atraer por el temor y por el atractivo de las riquezas, sino que el amor es quizás el móvil más poderoso para atraerlo. Y bien, él ha empleado este último medio, el más eficaz de todos. Se ha revestido de nuestra carne, se ha hecho tan amable, y nos ha mostrado un amor tan prodigioso, que nos ha dado de él la prueba más fuerte que hubo jamás. ¡Cuán caros le éramos, puesto que ha muerto por salvarnos! Si después de esto hay todavía hombres tan endurecidos para resistir á tanto amor, para rehusar convertirse á él, y á darle todo su corazón, ¿no merecen con justicia oir salir de su boca estas palabras tronantes: *¡Oh hombre! qué he debido hacer por tí, y pnra ganar tu corazón que no lo haya yo hecho?*" (2) He aquí lo que dice San Bernardo, que nota con razón que los tormentos y la muerte de Jesu-Cristo son el testimonio más convincente de su amor por nosotros.

II. Y en efecto, ¿qué podemos desear aún, y á extremidad queremos reducirlo, puesto que él ha

1 Promisit vitam æternam, promisit quod nec oculus vidit, nec auris andivit, nec in cor hominis ascendit. Ibid.

2 Unum restat adhùc, inest homini non solùm timor et cupíditas, sed et amor, nec quicquam in eo vehementiùs ad trahendum. Venit itaque in carne, et tam amabilem se exhibuit ut illam nobis impenderet caritatem, quà majorem nemo habet quàm ut animam suam daret pro nobis. Quis quis sanè nec ob hoc quidem converti volnerit, nonne meritò andict: ¿Quid debui facere tibi et non feci? Ibid.

derramado toda su sangre y que ha sufrido más tormentos que ninguno aquí en la tierra? Si él hubiera tenido algo más precioso que su sangre, nos lo hubiera dado. ¿Se puede acaso pedir una cosa con más instancia, que sufriendo mil dolores para obtenerla, y puede comprarse más caramente que dando su vida por ella? ¿Qué más podía hacer él? Os constituyo juez de ello, nos dicé él mismo en Isaías, aun cuando seais parte, *¿qué debí yo hacer á mi viña que no lo haya yo hecho?* (1) ¿Qué medio más propio he podido emplear¿ ¿de qué invención más conforme á vuestra naturaleza he podido servirme para hacerme amar de vos, que unirme personalmente á vuestra naturaleza y morir por vos? ¿Qué podemos responder? ¿pudiéramos acaso encontrar algún otro? Por esto, una de las últimas palabras que profirió sobre la cruz, fué esta: *Todo está consumado.* (2) El quería decir sin duda por esto, que el antiguo testamento, los desos de los patriarcas, las figuras y las profecías que miraban á su persona, estaban cumplidas; que la malicia de los judíos, la tiranía del demonio, estaban en su último período; mas él quería también declararnos que todos los artificios del amor estaban ya agotados, y que, á pesar de la profundidad de su sabiduría y de su poder, no podía hacer nada más fuerte, para hacerse amar de los hombres, que haberse hecho hombre y morir por ellos. Los santos Jerónimo y Agustín interpretan así ese texto del profeá Habacuc: *Tiene cuernos en sus manos, y ahí*

1 Judicate inter me et vineam meam, quid est quod debin ultrà facere vineæ meæ et non feci? Isai., V, 3.
2 Consummatum est. Joan., XIX, 30.

está escondida su gran fuerza; (1) tiene en sus manos clavadas sobre la cruz una potencia soberana y una victoria asegurada, de la cual son símbolo los cuernos, según el lenguaje de la Escritura; y ha hecho de su cruz el arma más poderosa para atacar el corazón humano y hacerse dueño de él.

III. San Francisco de Paula, (2) contemplando un día este exceso de amor del Hijo de Dios para con los hombres, exclamó, teniendo el cuerpo elevado sobre la tierra y todo resplandeciente de luz: "Oh Dios, caridad! Oh Dios, caridad! Oh! cuán excesiva es la caridad que nos habeis mostrado sufriendo y muriendo por nosotros! y ¡cuán poderosamente atraeis nuestros corazones á vuestro amor por un tal exceso!" La bienaventurada María Magdalena de Pazzi (3) se extasiaba en el mismo pensamiento; teniendo un día el crucifijo en la mano, transportada por la violencia del amor que quemaba su corazón, corrió por el monasterio sin poderse detener, gritando en alta voz: Oh amor! oh amor! Ya veía á su crucifijo, ya lo estrechaba tiernamente sobre su pecho y lo abrazaba con un fervor increible, clamando siempre: Oh amor! Oh amor! yo no cesaré jamás de llamaros amor, mi querido amor, el goce de mi corazon, la esperanza y el sostén de mi alma; y deteniendo las miradas sobre el costado abierto, mostraba que ahí veía cosas admirables. Un día de la invención de la

1 Cornua in manibus ejus, iba abscòndita est fortitudo ejus, Tad. S. Hier.--Cornua in manibus ejus, et posuit dilectionem robustam fortitudinis suæ. Abad., cap. III. 4.--S. Hier. Ibid.--S. Aug., XVIII, de Civit., cap. XXXII.
2 In ejus vita. 2, April.
3 In ejus vita.

santa cruz, abismada en el arrobamiento pensando en el amor que Dios ha mostrado al hombre muriendo por él, exclamó con una vehemencia extraordinaria: ¡Oh amor! Oh amor! cuán poco sois conocido! Y no decía sino mucha verdad; *el mundo no lo conoció*, dice San Juan. (1) Y en efecto, conocer lo que Nuestro eñor ha sufrido por nosotros, y no amarlo con ardor, es una cosa moralmente imposible.

La bienaventurada Angela de Foligno cuenta, (2) que preguntando un día á Nuestro Señor cómo podía ella agradarle, se le apareció clavado en la cruz, y mostrándose así á mí, dice ella, bajo esta forma, me dijo que viera sus santas llagas; me hizo ver al mismo tiempo, de una manera admirable, cuánto había sufrido él en todas sus llagas, por amor á mí, y me decía: Qué puedes tú hacer por mí que pueda corresponder al amor que te he tenido? Después me mostraba las heridas de su cabeza, de sus manos, de sus piés y me decía: Por ti he sufrido todos estos dolores; qué podrás tú hacer en cambio, y qué amor podrá corresponder á tanto amor? Al oir estas palabras, al ver tanta ternura, yo lloraba amargamente, yo derramaba gran abundancia de lágrimas tan ardientes, que mi cara parecía fuego, y tenía que templar este ardor con agua fría. Cuando el sol está en la canícula, el mar comienza á borbotar, los estanques son agitados, la naturaleza entera resiente las influencias de este astro; todo se inflama, y en la Ethiópia, selvas enteras son consumidas. Si el sol

1 Mundus eum non cognovit. Sn. Joan, 1. 10.
2 In ejus vita. cap. X.

tiene tanto poder sobre los cuerpos, el divino sol de justicia la tiene mucho mayor sobre las almas, sobretodo si se piensa en los días de la Pasión, en los que se mostró tan abrasador. *El sol de justicia, dice el Eclesiástico, instrumento admirable y obra maestra del Todopoderoso, da al salir luz y calor;* pero es mucho más *abrasador al ocultarse y en su muerte; á su medio dia*, cuando fué clavado en la cruz, *quemaba* á los hombres más terrestres por medio de los braseros de los dolores y de la muerte que él sufría por ellos. Todos los tormentos que él sufrió por hacerlos felices, son otras tantas hogueras encendidas; *¿cuál es el alma que pueda soportar los ardores de ella sin abrasarse y reducirse á llamas?* (1)

IV. Si hasta este momento nuestros corazones han estado helados para Jesu-Cristo, dejémonos, en fin, doblegar, y que el recuerdo de tantos males, de una muerte tan cruel y tan ignominiosa vuelva á calentar, en fin, nuestros corazones. Las materias más duras pueden ablandarse: el fuego funde los metales, el fierro se dobla bajo la mano del herrero, lo mismo se llega á conseguir con el diamante á pesar de su inconcebible dureza. Yo supongo que nuestros corazones hayan sido tan duros como diamantes, según dice el Profeta; pero si no hemos sido los primeros en amarlo, dice San Agustín, ¿cómo pudiéramos no amarlo, pues que él nos ha amado primero hasta tal exceso? (2) Amor

1 Sol in aspectu annuntians in exitu, vas admirabile, opus exelsi. In meridiano exurit terram, et in conspectu ardoris ejus quis poterit sustinere? fornacem custodiens in operibus ardoris. Eccli. XLIII, 2.—Hug. Carde.
2 Cor suum posuerunt ut adamantem. Si amare pigebat, sal-

con amor se paga. "Amemos por tanto, dice San Bernardo, abrasemos estrechamente á este caro Salvador herido, azotado, coronado de espinas y crucificado por nosotros." (1)

La historia nos cuenta un hecho admirable sucedido en Patras, ciudad de la Acaía, y que citaremos aquí, porque puede aplicarse á nuestro asunto. (2) Coreso, sacerdote de un ídolo, buscaba en matrimonio á una doncella de la misma ciudad, llamada Caliorea, de la cual estaba perdidamente enamorado. Esta muchacha, solicitada con tanto afán, lo recibió muy mal, porque lo odiaba, y no respondió á sus persecusiones sino con desprecios, y á sus instancias sino por amenazas. Viendo Coreso que sus esfuerzos eran inútiles, y desesperando conseguir su intento, se dirigió á su ídolo; su demanda, cuentan, fué escuchada, aunque dirigida á un ídolo. El verdadero Dios afligió á la ciudad con una enfermedad peligrosa, que hacía á un gran número de habitantes furiosos y los hacía morir en un exceso de rabia. Los habitantes consultaron al oráculo para conocer la causa y el remedio de una enfermedad tan extraordinaria. El oráculo respondió que el azote no cesaría hasta que Coreso inmolara á Caliorea, ó á otra persona en su lugar, para apaciguar la colera del cielo. Esta respuesta sorprendió extrañamente á los habitantes y sobre todo á Caliorea, que, no encon-

tem nunc redamare non pigeat. Zach. VII. 12.—Aug. de Chat, rud., cap. IV.

1 Nos amemus, redamemus, amplectemur quantum possumus vulneratum nostrum. S. Bern.

2 Nicolaus, Leonicus, Thomæus, lib. 1. de Variâ hist. cap. XXXIV.

trando quién muriera en lugar de ella, fué obligada á sacrificarse por el bien público. Es conducida al lugar del sacrificio ricamente vestida, según la costumbre de los paganos. Luego que llegó se arrodilló al pie del altar; Coreso se presenta con una espada para cortarle la cabeza; pero el amor puede todo cuando es dueño de un corazón. No pudo el ver á la persona á quien tanto había amado sin estremecerse por sus lágrimas y las angustias de su corazón; su valor le abandona, vuelve la espada contra él mismo, se la pasa al travez del cuerpo, y, sacrificándose así por ella, le muestra todavía más amor por su muerte del que le había mostrado durante su vida. Viendo Caliorea á Coreso bañado en su sangre, mirándole los ojos moribundos, que parecían decirle que se estimaba por dichoso en morir por ella, conmovida á su vez, se atravezó en presencia de todos para no sobrevivir á aquél que la había amado tanto. Todo esto no es una pintura fiel de lo que pasa entre Jesu-Cristo y nosotros, si no respondemos á su amor sino por la frialdad y el desprecio. Para aplacar la cólera de Dios ofendido por nuestros crímenes, somos justamente condenados á suplicios crueles y á la muerte; Nuestro Señor, lleno de amor, nos libra de ello sufriendo y muriendo en lugar de nosotros. ¿Qué nos queda, pues, que hacer después de una prueba tan grande de amor, sino morir á nosotros mismos y á todas las criaturas, para comenzar á vivir para Jesu-Cristo amándolo con todo nuestro corazón?

SECCION CUARTA.

Asunto de contemplación tomado de lo que hemos dicho para entregarnos al amor de Nuestro Señor.

Primer punto. Aplicación de la parábola siguiente.—Segundo punto. ¿Qué pensarían los hombres de tal elección?—Tercer punto. Provecho que debemos sacar de esta comparación.

Si un rey rico poderoso, en la flor de la edad, dotado de las cualidades más raras de cuerpo, de corazón y de espíritu, escogiera por esposa á una pobre campesina, súbdita suya, desprovista de todos los atractivos de cuerpo y de espíritu, llena, por el contrario, de defectos y deformidades; si él la prefiere á las damas de su corte, dotadas de todas las perfecciones y de un nacimiento ilustre, ¿qué se diría de tal elección? Esta comparación hará el asunto de esta reflexión.

PRIMER PUNTO.

Esta comparación es la fiel imagen de lo que ha pasado en nosotros, puesto que, como lo hemos dicho, Nuestro Señor ha tomado nuestras almas por esposas; Nuestro Señor, digo, el único Hijo de Dios, poderoso monarca del cielo y de la tierra, Rey de

reyes y Señor de señores, infinitamente sabio, rico y poderoso, dotado en su cuerpo, en su alma y su divinidad de todas las perfecciones, que pueden hacer á una persona infinitamente amable; este dueño del universo toma por esposa al alma del hombre, y la mía en particular, pobre campesina, sin nobleza, sin sabiduría, sin riquezas y sin belleza, sin alguna cualidad que pueda atraer su amor; sino al contrario, llena de defectos, de imperfecciones y de manchas. Y lo que es todavía más admirable, es que este noble Hijo de Dios, no pudiendo tener á esta pobre alma sino por medio de mil tormentos, la efusión de su sangre, y la pérdida de su vida, ha sufrido todos estos males para obtenerla, y los ha sufrido con un ardor y una alegría increíbles. No tomó él á esta pobre ni por su dote, porque nada tiene, y él es infinitamente rico; ni por pasión, porque él es infinitamente sabio; ni por su placer, porque, además de que ella está llena de defectos, él es infinitamente feliz por sí mismo; ni por temor, porque él es infinitamente poderoso; sino únicamente por amor, por misericordia y por pura bondad, porque siendo Señor y dueño absoluto, él lo ha querido así. El se une á ella, y, por esta unión, le comunica sus riquezas, su poder, su nobleza y su belleza, la ama más que nunca cuando la ha adornado de todos sus dones; porque si él la amaba cuando estaba cubierta de defectos y de harapos, ¿qué no hará cuando la vea bella y adornada con todo cuanto había recibido de su amor?

SEGUNDO PUNTO.

¿Qué pensarían los hombres de tal elección?

¿Qué dirían los hombres de una cosa tan extraña, qué pensarían de tal rey y de tal reina? 1.° Ellos admirarían la fuerza de este amor que no ha tenido ejemplo; 2.° los que no conocieran la sabiduría del rey, lo mirarían como un incensato; pero sabiendo que su sabiduría es infinita, quedarían más admirados de esta ternura y de esta benevolencia; 3.° mirarían como la más dichosa de las mujeres á esa pobre que había llegado á ser una gran reina; 4.° en fin, todos convendrían en que esta reina será infinitamente deudora á este amable esposo, y obligada á rendirle toda obediencia, todo honor y un amor soberano.

TERCER PUNTO.

Provecho que debemos sacar de esta comparación.

Lo que nos importa infinitamente meditar, son los pensamientos, los afectos, los sentimientos admirables que tendría esta dichosa esposa durante todo el tiempo de su vida para con el rey su esposo; porque es, con mucha mayor razón aún, lo que debemos sentir por Nuestro Señor.

1.° Ella estaría penetrada del más profundo respeto, y se mantendría en su presencia con sentimientos de respeto y amor, pensando en lo que era ella y en lo que ha llegado á ser por su bondad.

2.° Ella no le dirigiría sino palabras llenas de honor, de humildad y de prudencia.

3.° Su corazón ardería en el amor más ardiente, más tierno, el más inviolablemente fiel, teniendo sólo amor para su caro esposo; porque, ¿á quién pudiera ella amar que no fuera él? ¿Qué persona tan amable pudiera encontrar en el reino? ¿Pudiera acaso encontrar una dignidad tan grande, perfecciones tan acabadas y obligaciones tan estrechas?

4.° Qué agradecimientos y qué reconocimiento no le manifestaría, impulsada por el sentimiento de la gratitud por todo cuanto él ha hecho y sufrido á fin de unirse á ella y de elevarla á la dicha y á la gloria de que goza?

5.° Si él estuviera enfermo, ¿qué dolor no experimentaría? estaría cerca de él, derritiéndose en lágrimas y gemidos, asistiéndolo, consolándolo y no abandonándolo para nada, sobre todo si ella estuviera segura que él sufre por ella, para hacerla más dichosa, más elevada en gloria, para curarla de algún mal, y que él no sufría sino por amor. Esto es lo que debe mostrarnos la compasión que debemos experimentar al pensar en los dolores de Nuestro Señor.

6.° Si él estuviera ausente ó distante, ella pensaría contínuamente en él, hablaría de él, viviría en la tristeza y languidez, esperando con ansia su vuelta.

7.° Ella se complacería en cantar sus alabanzas, las acciones gloriosas de su vida, sus riquezas, su belleza, su dulzura, su amor por ella, sus perfecciones infinitas.

8.° Ella se servirá de todos los medios para hacerse más agradable á sus ojos; haría todo para agradarle, y más temería el desagradarle que el morir.

9.° Si ella lo ofendiese aun de la manera más ligera, ¡qué inconcebible pesar, qué dolor y qué lágrimas! con qué confusión le pediría perdón! Mas es probable que jamás se encontraría reducida á este extremo.

10.° Si fuera necesario sufrir algo por él, con qué prontitud y amor lo haría, teniéndose dichosa en probarle su amor derramando su angre, y responder así al ardor del suyo.

11.° Estaría perfectamente sumisa á todas sus voluntades, sin olvidar jamás la ternura que él le ha manifestado.

12.° Comparando su estado pasado al presente, se tendrá por muy dichosa y se entregará á los sentimientos de la más viva alegría.

Es necesario reflecionar sobre todos estos sentimientos; y puesto que tenemos aún infinitamente más razón para entregarnos á ellos por Jesu-Cristo, el verdadero y único esposo de nuestras almas, que esa pobre muchacha pudiera tener para con ese rey, debemos esforzarnos por ponerlos en nuestro corazón, aumentarlos, nutrirlos, detenernos en ellos frecuentemente, á fin de que se enciendan para siempre en nosotros. Debemos esperar el obtenerlo, puesto que nuestros espíritus están convencidos, y que este divino esposo no dejará de asistirnos con su gracia, como él lo desea ardientemente.

CAPITULO XII.

Octavo motivo de amor.

Los beneficios de la creación y de la redención.

I. El beneficio de la Creación da derecho á Nuestro Señor sobre nosotros.—II. El de la Redención le da nuevos derechos.—III El nos ha adquirido por un precio infinito.

I. La creación nos impone la obligación de amar á Nuestro Señor, considerándola no solamente como un beneficio por el cual, en su amor infinito, nos ha sacado de la nada en la que podía dejarnos para siempre, y nos ha formado á senejanza suya, en lugar de darnos otra más baja y más vil, sino aun considerándola como un derecho por el cual le pertenecemos enteramente. Una cosa puede pertenecer á su señor por varios títulos, como por sucesión, donación, etc.; pero el mas legítimo es el de producción. La estátua que sale de m - nos del escultor le pertenece mejor que á cualquier otro, porque él la hizo; y sin embargo él no hizo ni la materia, ni la forma substancial de la estátua, puesto que él no ha hecho el mármol; él le ha dado solamente la figura y algunos otros accidentes. Dios da á las cosas criadas no solamente la figura, sino la substancia misma. Dios, dice San Agustín, penetra y llega por su fuerza hasta el